

baras de los años del largo gobierno de Juan Manuel de Rosas, en la prosa de *El matadero*, y teorizador de la Joven Generación Argentina. Y José Mármol, poeta exiliado en los byronianos *Cantos del peregrino* y artífice de la legendaria época rosista en su novela *Amalia*. Y Juan Bautista Alberdi, el de *El crimen de la guerra*; y Bartolomé Mitre, humanista y presidente, que ordenó en dos magnas obras historiográficas los sucesos de la independencia argentina y la emancipación americana. Todos preocupados, comprometidos, protagonistas y cronistas de una flamante historia.

Cuando el país se organiza, y Buenos Aires, convertida en capital de la nación argentina, confirma su secular preeminencia, los escritores se aplican con más especialidad a su faena. Los pertenecientes a la Generación del 80, en su mayoría «prosistas fragmentarios», como los llamó Ricardo Rojas, lo son todavía un poco al margen, dedicados oficialmente a la función pública o a la diplomacia. Escriben de viajes, de acontecimientos artísticos, de sí mismos y, por supuesto, de temas públicos. Miguel Cané, Lucio V. Mansilla, Eduardo Wilde, son figuras sobresalientes de esta promoción brillante. La novela se afirma en las dos últimas décadas del siglo, señalando, según expresión de Sábato, «las grandes crisis de la nación». Lucio V. López, Julián Martel, Eugenio Cambaceres, los naturalistas contemporáneos, y a continuación Roberto J. Payró, son testigos de la transformación de la sociedad argentina.

Puede corroborarse, pues, que los autores del siglo pasado no pueden ni quieren sustraerse de las vicisitudes casi siempre tormentosas de esa transformación. El escritor «gratuito» es raro. Sin embargo, desde los orígenes, no faltan manifestaciones de ese tipo, expresiones puramente literarias, coexistentes con las otras. Son los poetas los más propensos, aun en medio de la borrasca, a evadirse hacia regiones bonancibles a las que sólo llega la imaginación. Juan Cruz Varela ensalza a héroes y batallas, pero en sus tragedias *Dido* y *Argia* se deleita en la recreación de temas clásicos y en no pocas de sus composiciones se extasía en la contemplación del «bello sexo de Buenos Aires» y en el encomio de su «Delia sencilla». Tampoco Echeverría, portador del Romanticismo y su primer exponente americano consciente, se resiste, como genuino romántico, a las efusiones y los deliquios del amor. *Los consuelos* (1834), el primer libro de poemas editado en Buenos Aires, es elocuente ejemplo de la nueva sensibilidad, triunfante ya en Europa. Ni Alberdi ni Mitre, adversarios políticos y escritores apasionadamente preocupados por cuanto concierne al país, dejan de solazarse y consolarse en la fuga

imaginaria. Pero entre los dos términos enunciados en el subtítulo, el peso del compromiso inclina ostensiblemente la balanza.

El equilibrio se advierte en la obra de Carlos Guido Spano, poeta en *Hojas al viento* y en *Ecos lejanos*; prosista en *Ráfagas*. Mientras éstas continen las preocupaciones políticas y los puntos de vista polémicos del hijo de un guerrero de la Independencia, el general Tomás Guido, los versos son expresiones de la poética del «arte por el arte», característica de los contemporáneos parnasianos de París y precursora del Modernismo hispanoamericano. Precisamente con el escritor modernista va a inclinarse la balanza hacia la gratuidad. La corriente poética que Rubén Darío consagra y difunde labra la imagen del escritor independiente, para quien la obra literaria constituye actividad sustancial, mientras el periodismo, la docencia, a veces la modesta función pública y en el mejor de los casos la diplomacia le suministran medios de vida.

#### EL ESCRITOR PURO

Leopoldo Lugones es cabal ejemplo del escritor puro. Después de su adhesión al Modernismo, del cual fue el mayor representante argentino, cantó a la patria, a su tierra natal y sus tradiciones. El país fue su preocupación constante. Midió el pasado con el presente y el cotejo originó el dramático desengaño que acaso lo haya llevado al suicidio. «Tú, destructora tierra, tú misma le has matado», acusa en el último verso de «En la muerte de Lugones» el autor de *La gloria de don Ramiro*, célebre novela que distingue a Enrique Larreta como maestro de la prosa modernista argentina. Si aquél, retomando las preocupaciones de su juventud socialista y anarquista, explora nuevas vías de solución para los problemas nacionales, Larreta permanece encastillado en la torre de marfil de su casona hispánica, en Buenos Aires, artista ante todo, refinado en el arte y en la vida dulcificada por la riqueza.

El escritor sin mezcla caracteriza a un país en el cual las funciones están repartidas. El político es político; el escritor, escritor. Gálvez, Rojas, comprometidos; el poeta Enrique Banchs, enamorado de la belleza del verso. Ricardo Güiraldes, «gratuito» en sus novedosas experiencias poéticas y comprometido, de modo especial, en sus efusiones místicas, obra el milagro de su *Don Segundo Sombra*, «Bildungsroman» criollo, novela educativa que narra la forja de una personalidad, la del paisanito que se hace duro en las faenas del campo y de la vida, guiado casi sin palabras por el viejo gaucho.

Güiraldes fue, sin buscarlo ni parecerlo, una especie de mentor, de Don Segundo original, exquisito. A pesar de ser mayor que todos ellos, los muchachos de la generación de *Martín Fierro* o de 1924 (fecha en que apareció la revista de ese título) lo acogieron con respeto y simpatía, como a un hermano mayor. En medio de los más innovadores estaba Borges. Así como Echeverría fue el portador, desde París, de la nueva romántica, Borges lo fue, desde Madrid, de la nueva ultraísta, esa manifestación española del vanguardismo europeo multiplicado en «ismos» que se superpusieron y se sucedieron en la segunda década del siglo. En Buenos Aires adquirió caracteres propios y el momento de bonanza política por el que pasaba la Argentina contribuyó a acentuar su aspecto juguetero, travieso. Es explicable que la condición gratuita predomine en las virtuosas e ingeniosas evasiones de los «martinfierristas». Algo de estudiantina, de la amable bohemia que Leopoldo Marechal evocó admirablemente en la novela *Adán Buenosayres*, los anima.

Pero no son estos los únicos escritores jóvenes que se hacen oír. Otros estrechan filas en la defensa y práctica de la literatura social. Se establecen así dos grupos en los que gratuidad y compromiso se enfrentan polémicamente. Las plazas fuertes se sitúan vagamente (y al aire libre) en dos calles porteñas: Boedo y Florida. La primera atraviesa un barrio humilde ubicado casi en el centro geográfico de la capital; la segunda, en aquel entonces calle de elegancias, recorre parte del Centro ideal de Buenos Aires. Los hombres de Florida pasan por aristocratizantes, estetas, exquisitos. Los de Boedo toman del brazo a los obreros, son un poco hijos de la reciente Revolución rusa, aún en su etapa idealista y promisorio. Otro círculo comprometido, aunque de signo opuesto al de los socialistas de Boedo, es el de los Cursos de Cultura Católica, formado por nacionalistas, en la década siguiente, la de 1930. La línea de Florida la retoma en cierto modo el círculo de la revista *Sur*, tantas veces acusada de extranjerismo, que Victoria Ocampo fundó en 1931, mientras la línea vanguardista de *Martín Fierro* y otras revistas de la década de 1920 prosigue en el cenáculo surrealista cuyo adalid es el poeta Oliverio Girondo, gran animador de la generación de 1924 y el más fiel a ella. Finalmente, la generación poética del 40, nostálgica, lírica, refinada, señala otro rebrote de la semilla gratuita.

Dos escritores de primer orden se sitúan de modo especial entre estas coordenadas literarias: Ezequiel Martínez Estrada y Eduardo Mallea. Poeta, cuentista, dramaturgo, ensayista, Martínez Estrada se engolfó cada vez más profunda y dramáticamente en el análisis im-